

La Amistad con los Árboles

El amor a las plantas, y muy concretamente al árbol, ha sido de las primeras pasiones del hombre. Desde la Biblia, que sitúa a la primer pareja en un delicioso jardín, hasta los poemas sagrados de la India, todos los grandes libros antiguos abundan en episodios ejemplares de este afecto, uno de los más puros y encantadores que se puede experimentar.

En uno de los primeros dramas conocidos, "El anillo de Sakuntala", donde se exponen las vicisitudes de un grande amor lleno de ternura entre Sakuntala, bella cuanto pia, y el poderoso rey adolescente Duchmanta, aparece esta predilección de notable manera. Trasunta la primera parte de la acción en un bosque sagrado sito al pie de una montaña, donde en sus umbrías meditan venerables ermitas. Tan paradisíaco era este bosque, que los animales fraternizaban con el hombre y era prohibido el matarlos.

Salomón, aquel segundo soberano de los hebreos que prefirió en el alba de su mocedad la sabiduría a la riqueza, trabajó el mismo en el hermoamiento del prado que llamó su "morada del Líbano": "He creado por mí mismo, repetía, jardines y vergeles, plantado toda especie de árboles y he establecido depósitos de agua para regar el parque".

En la legendaria antigüedad helénica, poetas y escritores alababan sin cesar el maravilloso jardín de Alcinoos, rey de los feacios y padre de la princesa Nausica, que dispuso a Ulises, naufrago, la más noble de las acogidas. Este sitio cumplía la moraleja de una fábula de Samaniego:

Si al pleno acierto aspiras
une la utilidad con el deleite.

Crecían en él sólo árboles y legumbres, mas ellos procuraban a su dueño los frutos más sabrosos: las granadas, las peras, las naranjas, los higos y las aceitunas. Y, en medio de toda esta vegetación, alzabase la mansión real.

La leyenda atribuye al propio padre de Ulises, el prudente cuanto astuto héroe de Troya, el cuidado personal de su magnífica quinta: "Penetra —dice un comentarista— Ulises en el rico vergel, baja a la viña... y encuentra a su padre solo, cavando al pie de un árbol".

Tiempos felices eran aquellos en que la labor manual no era desdeñada aún por los grandes y poderosos de la tierra.

Ora con fines de proteger a la naturaleza, ora para adorar a los espíritus protectores de la tierra en su obra más difundida y fecunda, los helenos rodearon los santuarios de la Divinidad de bosques reputados sagrados. No existen, a buen seguro, sitios más apropiados para despertar la emoción de lo infinito o para evocar la presencia de un espíritu creador del universo, como los abovedados senderos de las frescas selvas. ¡Qué pequeño se siente el hombre ante una encina multicentenaria, ante un eucalipto gigantesco o una secoya milenaria, cuya altura y longevidad forma uno de los fenómenos más extraordinarios de la naturaleza forestal! Tan respetados eran los árboles como el templo. No tardó el hombre en advertir que el árbol era su más fecunda fuente de bendiciones e inventó toda suerte de espíritus para protegerle. Así poblaban los bosques de vaporosas y ágiles jóvenes que daban alrededor de los árboles que les estaban dedicados. Algunas de estas ninfas, las driadas, sobrevivían a los árboles protegidos; otras, como las hamadryadas, dependían de ciertos árboles, con los cuales nacían y morían. Estas creencias cuan infantiles nos pueden parecer ahora, impedían eficazmente la destrucción de los vastos bosques. Era menester consultar al sacerdote intérprete del dios para cortar un árbol de su dominio y asegurarse además que la ninfa tutelar lo había abandonado.

Así, recuerda una tradición que habiendo Eresichton, hidalgo de Tesalia, profanado con el hacha unos árboles dedicados a Ceres, diosa de las mieses, ésta, fuera de sí, ordenó al Hambre que penetrara en sus entrañas, mientras el impío se dedicaba al descanso. Nada ni nadie podía aplacar un apetito sin cesar despierto y jamás satisfecho. Para amenguar esta fiebre devoradora hubo de vender poco a poco todos sus bienes, hasta que miserable y contrito, recurrió a Poseidón, el inventivo señor de los mares, y éste, por amor a su hija Metra, concedió a esta última el don de transformarse en todas las formas de la naturaleza para eludir el pago de lo que adquiría para su padre desesperado. Ni aun este recurso le dió la calma apetecida. Enloquecido por su mal implacable, terminó sus días devorándose a sí mismo.

No es otra la suerte que aguarda a los pueblos y a los hombres que, llevados de la pasión por el lucro o la presuntuosa ignorancia, malgastan o destruyen las reservas forestales.

A pesar de la aridez del suelo del Atica, no se concebían las palestras ni los gimnasios donde los adolescentes cultivaban a sus cuerpos para hacerlos ágiles y fuertes, sino rodeados de calles de plátanos, olmos e higueras, y fué en el jardín de Academus, situado a seis estadios de Atenas, que Platón fundó su escuela filosófica. De ahí deriva el vocablo Academia, con el cual se llegó a designar un prado con árboles frecuentado por filósofos. En el Liceo paseábase entre sus arboledas Aristóteles, el Heriberto Spencer de aquellos lejanos días, seguido de sus discípulos. Como en el idioma más bello de los que hayan nacido en labios humanos, cual dijera André Chénier, del griego, el vocablo "peripatéticos" significa pasear, conociéronse los discípulos de aquel sabio insigne con la designación de peripatéticos, cabalmente porque enseñaba caminando.

Asimismo Epicuro de Atenas fundó su escuela filosófica en un jardín justamente encomiado por constituir un modelo de tranquilidad y de donosura. Filósofo alguno ha sido más indignamente interpretado, mas su pasión por los árboles y la manera de emplear su fortuna señalan cumplidamente cuán lejos estuvo de entregarse a las satisfacciones bajas de los sentidos, cual lo hace presumir su principio favorito: el placer es el soberano bien del hombre. La realización de ese pensamiento fué para él la práctica de una virtud severa y el cultivo de su inteligencia.

En nuestro apasionado amor por Grecia, la madre de nuestra civilización, olvidamos a menudo a los persas, sus contrincantes,

por ALBERTO NIN FRIAS

ILUSTRACION DE GUIDA



Un rasgo de Jerjes, aquel tirano que desencadenó sobre la Hélade la segunda guerra médica, precipitando cuatro millones de hombres sobre ella, casi nos mueve a quererle. Cuéntase que se enamoró de la serenante belleza de un árbol, al punto de tratarle como lo hubiera hecho con una amiga dilecta ofreciéndole sus pulseras de oro para adornar con ellas sus graciosas ramas.

Cabe, sin duda, el atribuir a los chinos la creación de verdaderos parques. Ya en el siglo IV, antes de la Era Cristiana, este pueblo, que se adelantó a los demás en lo que a refinamiento, grandeza y fausto se refiere, conocía parques que ocupaban un área de siete leguas. Así era el de Weng-Wang.

Si bien el emperador Chin-Hang-Ti, de la dinastía de los Tsin, como el califa Omar, destruyó libros y reinos feudales, amó tanto a la naturaleza, que reunió en un parque de treinta leguas las réplicas de todos los edificios que había derribado o despojado. Treinta mil variedades de árboles y de plantas traídas a su residencia representaban toda la flora de su imperio. En mil o más años se anticipó a la grandiosa villa que Hadriano hizo levantar sobre los contrafuertes de los Apeninos para satisfacer la misma ansia del déspota oriental. No es otra la idea que preside en los Estados Unidos a la formación de parques nacionales, remansos donde la civilización se detiene ante la virgen naturaleza.

Otro fiero conquistador, Wou-Ti, de la dinastía de los Han (140 años antes de J. C.) estableció un parque de cincuenta le-

gendidos por cedros seculares, flores de loto surgiendo entre las aguas e infinitos objetos más que vuelven adorables a los parques y jardines.

En el continente americano los aztecas demostraron su afinidad con la raza mongólica en su predilección por los jardines. El Luis XIV de aquella brillante civilización, Netzahualcoyotl, emperador de Tezcuco, cuyo dilatado reinado de sesenta años fué la edad de oro de su pueblo (1402-62) hizo edificar en sus numerosos palacios jardines con terrazas que recuerdan asaz a los colgantes de Babilonia.

Sólo un catador muy zahori de la naturaleza, como lo fué, sin duda, Moctezuma I, el desventurado emperador de Méjico, pudo haber escogido la colina de Chapultepec para residencia suya. En derredor de la base de la colina, a orillas del lago Tezcuco, los jardines se extendían a lo largo de cuatro milas. A esta morada, llena de encantos por sus baños y fuentes, así como sus incomparables cipreses milenarios, se transportaban, sin duda, los pensamientos del infortunado Guatimozín, cuando los lamentos de un compañero de desventura le indujeron a pronunciar esta frase memorable: "Y yo, ¿estoy acaso en el baño?"

En todo tiempo, y muy notablemente en la Edad Media cristiana, los juramentos y las pragmáticas reales cobraban más fuerza si eran dictadas bajo la copa de algún roble venerable. El cristianísimo Luis IX de Francia administraba justicia en el bosque de Vincennes, y los reyes de Castilla juraban mantener los fueros del pueblo vasco bajo la enramada del árbol de Guernica.

El ciudadano de las repúblicas altamente refinadas de Italia no se sentía verdaderamente dichoso ni libre si no poseía en alguna boscosa colina de los alrededores de su ciudad natal una villa que emergía majestuosa por entre mirtos, pinos y laureles. Una vida de comodidad, lujo y cultura apenas entrevista hoy día, se deslizaba serena, "lejos del mundanal ruido", en estos palacios donde era posible amar apasionadamente a la naturaleza sin excluir la cultura intensiva del espíritu. Roma, por su especial con-



guas de circuito, dotado de todas las maravillas imaginables, porque la imaginación opulenta era la facultad magistral de estos conductores de hombres.

Se refiere de otro emperador de la misma familia que pronunció estas sagaces palabras: "Quiero, decía, convertir en jardín a la China entera; si mi antecesor hubiera empleado en desmontes las inmensas sumas que prodigó en el embellecimiento de sus parques, millares de hombres que hoy carecen de arroz lo tendrían en abundancia". Este principio no desdecía a sus antecesores, sino que les criticaba su falta de interés por la huerta. Andando unos siglos, en la Edad Media de la inagotable China, volvemos a hallar esta pasión por el silencio y la soledad a que invitan los jardines, inclinación muy viva entre los filósofos helenos. La sabiduría conduce a lo mismo, bajo todos los cielos. En el siglo XI, Sse-ma Kuang primer ministro que poseía mucho de filósofo, bajo la dinastía de los Song, se compungió en realizar este delicioso retiro que luego describió despaosadamente porque le quería entrañablemente: "Edifiquen los demás, dice; edifiquen palacios para encerrar sus pesares y hacer ostentación de su vanidad; Yo me he creado una soledad para distraer mis ojos y charlar con mis amigos... Veinte fanegas de tierra han bastado para mi designio. En el centro hay un gran salón donde he reunido cinco mil volúmenes para interrogar a la sabiduría y conversar con la antigüedad...", y continúa, página tras página, describiendo con amore sus tesoros: pórticos, terrazas cuyos balcones forman empalizadas de rosales y granados, laberintos, arroyuelos, grupos de árboles siempre verdes, bosquecillos de frondosos bambúes, parterres de-

figuración, dotada de bellas colinas, y asimismo por haber sido siempre el sitio predilecto de los hombres fastuosos del mundo, emperadores y papas, contiene villas, dentro y fuera de sus muros, adornadas de admirables encinas y pino-parasoles que mueven a asombro.

El espacio, tan implacable como el tiempo en la vida moderna, nos susurra: ya es hora de terminar. En sitio alguno estoy más a gusto que entre árboles. Y de ningún ser podría hablar con más elocuencia ni más ternura. Aristide Briand amaba hondamente su chacra de Cocherel con sus manzanas. A la sombra de los tilos le gustaba pescar. Consecuente con estos modestos amores, se le oyó decir que prefería un árbol a un libro, porque para producir el uno habría de destruirse el otro. Walt Whitman, el explañador de la futura camaradería, querían plantar el compañerismo tan apretadamente como los árboles a lo largo de todos los ríos de América. Recuerda un día a un roble gigantesco que crecía altanero y solo y le asombra que haya podido desplegar con tanta lozanía su robusto ramaje solo, sin tener a su lado a un camarada. El poeta se sentía solitario como su hermano árbol y sueña en seguida con la ciudad futura de los amigos.

La sabiduría de estos seres vegetales, que dan tanto para recibir tan parcamente, inspira siempre al que les tiene afición principal.

Sabiduría a tono de todas las épocas es la que enseña el estudio del árbol, y si conocerle científicamente o como objeto de belleza es amarle para siempre, podremos considerarnos buenos e inteligentes.